

Luz de Viana

Veraneantes



HACIA abajo, mirando desde lo alto de la meseta, las colinas descienden lentamente y se encuclillan en el mar. Es un regazo generoso la llanura, sembrado de pechos juveniles. El camino bordea la meseta. De pronto, en una curva, el paisaje cambia bruscamente: en cada seno irrumpe la vegetación, y aparecen por aquí y allá pinceladas blancas, casitas diseminadas, ligeros acentos entre el verde jugoso de las plantas. Luego el camino se frota contra las viviendas y roza los árboles; generosamente, desde sus copas frondosas, vierten ellos hacia abajo sus sombras refrescantes. Así avanza la cinta blanca, serpenteando; pero al fin se endereza y tan bruscamente que, rectilínea, se estrella contra una posesión de inquilinos; se yergue ésta hacia atrás, y el horizonte blandamente la sostiene. El camino se bifurca. Hacia la izquierda, canta el agua cristalina de un riachuelo; canta saltando de piedra en piedra, y a intervalos, algún pedrusco pesado hace «glu-glu», como el canto de una rana. La vegetación llega hasta los bordes. En el fondo del arroyo, entre hojas, asoman grandes flores, rojas, blancas, azules: es la ropa que estrujan las lavanderas, mirándose inclinadas en el agua clara.

Un automóvil detiene suavemente la marcha, hace un alto para refrescarse, bajo la copa de un árbol; y unos niños descien-

den con gran algarabía a jugar en el agua. El padre fuma un cigarrillo frente a ellos en la ladera.

Tres lavanderas frotan las ropas con sus manos gruesas. La luz del sol se quema sobre su tez. Son tres campanas de bronce, amplias de abajo, estrechas hacia arriba; el vestido bordea en rueda el suelo, y sube lentamente dibujando un cono; la línea tendida hace vértice en el trapo que les cubre la cabeza y que amarran ellas bajo la barbilla. Dorados los rostros, los bronces cantan y las voces ruedan corriente abajo dorando las aguas. La más gruesa, aquella renegrada, es de voz baja que remueve el río; las notas van graves, rebotando en las laderas. Hay otra, la del pañuelo a rayas sobre el cabello, que es de voz serena y muy timbrada; ésta se deslizará en balsa sobre el agua. Pero la tercera enreda su canto juvenil al canto del arroyo. Así desgran sus corales, como canto de fuego, sobre las aguas. El arroyo debe alternar con ellas, y el sol ha de jugar por las mañanas acariciándolas, para que, cuando estén ya embriagadas al mediodía, las abrase muy erguido y vertical. La tarde descende. Por el poniente, se retira el astro cansado; el crepúsculo pudoroso ocultará a las tres mujeres de fragua.

—Mamá, mamá, gritó uno de los niños, hay sapos bajo las piedras.

—Regresen, que pronto nos iremos, replicó la madre desde el interior del coche. Rosita está cansada.

Detrás de la puntilla, apareció a caballo un mozo joven; traía una manta sobre los hombros; las rayas coloreadas, en cada movimiento, desbordaban de sus espaldas anchas. Inmensas, las espuelas de plata parecían rayos de luna. El hombre marchaba en gloria. Un sombrero maulino le cubría la frente estrecha. Tenía nariz gruesa, boca carnosa en arco hacia arriba, y dientes anchos y blancos, muy cortos y parejos. Era hermoso y ya triunfante. Las maravillas del potrero lo miraron apáticas desde la orilla del camino. Botó el cigarrillo que llevaba entre los dedos, y ahora silbaba ágil, como si llevase un jilguero dentro de

la boca. Venía hacia el rincón donde el riachuelo hace remanso. Frente a las mujeres, con su mano gruesa de espátula, sujeta el maulino en el aire. Por un instante cesó el canto, y las tres cabezas se levantaron; una sonrisa floreció sobre las bocas; pero luego siguieron cantando, y entre la ropa las perlas del agua continuarán la canción.

Ya el sol apenas se asoma sobre los pedruscos.

Los viajeros alegremente suben al coche, y el chirrido del motor anuncia la marcha. Se dirigen al balneario vecino. El olor salino les viene al encuentro, como un protocolar huésped. El automóvil se aleja, y pronto queda oculto tras una nube polvorienta.

* * *

El mar lamía suavemente la playa, y su espuma llenaba las pequeñas hendiduras de la arena; hervía ésta dentro de las pozas, y luego volvíase clara y cristalina; una nueva ola se desprendía, y avanzaba atisbando hasta llenar otra vez las depresiones.

—Está muy fría el agua, gritó la niña, pronta a llorar.

—¿Cuántas conchitas dejó el mar, Lulú?, dijo Julia, su tía, sumergiéndose entera y reapareciendo con las manos llenas de piedrecillas y caracoles. Toma, le dijo; son para ti, si te bañas y no lloras.

Se oían gritos de niños a la distancia, y voces maduras. Las gaviotas pasaban como volantines blancos, suspendidos por la brisa. Muchas cosas traía el viento, y las presentaba en panorama, acercando las risas distantes a las conversaciones vecinas y al graznido de las aves.

El padre leía un periódico, en traje de baño y tendido sobre la silla larga.

—Conozco las letras, exclamó Enrique, reclinado sobre el diario de éste; pero sin dar tiempo a la respuesta, su brújula giró hacia otros lados. Corría descalzo sobre la arena, de un punto a otro; era su manera de esquivar el baño.

—Rosita, yo te quiero, dijo acercándose a su hermana mayor, su hermana inválida. Mira, y de su bolsillo sacó una piedrecilla pulida, de forma regular y renegrada. Es tuya, yo te la doy; todo lo que yo encuentre lo guardaré para tí.

A través de un sutil tejido de emociones, como el hilado fino de una telaraña, pasaba la voz de Enrique, tierna, húmeda; pero ahora, ésta lo traicionaba; entre su ternura, asomaba una curiosidad, como la cabeza de un caracol, y una interrogación desbordaba de su afecto.

—Si yo me sentara sobre tus piecitos ¿te dolerían?

Los ojos melancólicos de la niña lo miraron largamente antes de responderle.

—Sí, le dijo, tú no me harías eso ¿verdad? Nunca me harás daño.

—¡Oh! nunca, dijo, transformado repentinamente su semblante en la seriedad grave de los niños. Nunca te haré daño, nunca clavaré un alfiler sobre tus piecitos muertos... Mira, ya se bañó Lulú y se fué corriendo hacia la orilla del mar.

La mirada grave de la niña inválida se paseó sobre el grupo de veraneantes, su familia. El respaldo de lona le mantenía reclinado hacia delante el busto, y el gran chal escocés, extendido sobre la arena, estaba lleno de juguetes; pero Rosita no los tocaba; se entretenía mirando los pedruscos y florecillas que sus hermanos le llevaban.

Sobre la orilla del agua se bañaba la luz sutil de la mañana.

El rostro de Rosita tenía esa doble expresión de los niños enfermos: la de sus rasgos juveniles, y aquella otra que cargaba a su melancolía, como un reflejo del tiempo, porque es de tiempo el caminar hasta la honda inmersión dentro de sí mismo. Miraba con lentitud, y cuando pasaba los ojos de un objeto a otro, de una persona a la vecina, acarreaba de aquellos algo que en su profundidad había encontrado, e iba trasladando un polen de una en otra flor.

—¿Ves aquel barco?, interrogó su madre, acercándose a la niña.

—¡Está sumergiéndose en el mar!, irrumpió Lulú mientras se vestía.

—¿Hay muchos países más allá del horizonte?, inquirió Rosita.

—Los he visto sobre tu mapa, repuso Lulú colocándose las sandalias. Hay de todos los colores, verde, celeste, rosa...

—Sí, dijo la niña; a los celestes los cubre el cielo—con sus ojos abarcaba una inmensa distancia—; son quizás llanos y extensos, y los habitantes pueden conversar con Dios.

—¿Verdad, mamá?, preguntó Lulú.

—¡Oh! sí, sí, antes descendía a esas regiones y alternaba con los pobladores de la tierra. Ahora, dijo suspirando, se ha alejado, porque habita en el fondo del corazón de cada hombre, y eso está distante de nosotros mismos.

—Yo lo oigo todos los días, dijo la niña inválida con los ojos súbitamente quemados por un extraño fulgor; al amanecer, siento deslizarse pasos sobre la arena y pequeños trajines. ¡Ah! si un día pudiese levantarme y mirarlo.

—No hay que levantarse para mirar a Dios, repuso su madre en voz baja; a El le encontramos dentro de nosotros solamente.

—Tú sabes, dijo su padre dejando el periódico a un lado, la historia de la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal; el final de ella pocos lo conocen. Pasaba el tiempo, dijo, y la estatua, que había quedado a la salida de Gomorra, dada vuelta hacia la ciudad infernal, se desmoronaba poco a poco, y el misterio de la purificación se disgregaba con la materia. Los peregrinos, que iban y venían, se detenían llenos de curiosidad, pasaban sus dedos humedecidos sobre las bellas formas de la mujer salada—porque se había vuelto muy hermosa—y luego los posaban sobre sus labios; deseaban gustarla; era ésta la manera cómo sus sentidos podían alcanzarla mejor. Dios se complacía

en indicarles de tan sencilla manera la fuente de la purificación. Pasó un mozo joven, y quedó tan prendado de su belleza, que se inclinó sobre la tierra para darle gracias a Dios por haberle hecho ver formas tan perfectas y puras, y se sintió él muy miserable frente a ella, y no la tocó. Hasta hoy día, guardan los descendientes de éste, los poetas, la insaciable necesidad de alcanzarla, y ellos van tras del sueño purificado por la sal. Mientras tanto, la estatua se iba disgregando, a medida que el número de peregrinos aumentaba, y los últimos terrones se los llevó por fin el viento.

—¿Entonces, interrogó Rosita un tanto perpleja, no había que tocarla?

—Las cosas debían suceder como acaecieron. El mayor número de viajeros necesitaba de la purificación de la sal; pero el poeta, que siempre vive más cerca de Dios, sólo conservó el recuerdo de la belleza de ella, ante sí mismo, y su camino de por sí fué muy limpio.

—Pero, interrumpió nuevamente Rosita; ¿entonces, era mejor mirar?

—Los niños, dijo su madre, comprenden muchas cosas sin saberlas; ellos están más cerca de la bondad inicial: Esto que tu padre te cuenta, quizás tú lo comprendas sola aun mejor que él, pero de una manera diferente...

Rosita no respondió, no podía responder a lo que se le decía; pero allá en el fondo de su corazón vislumbró algo que semejaba un surtidor; se volcaba éste en silencio, sin palabras ni formas; era extenso y sin deslindes, como una misteriosa y seductora expansión.

El sol había subido al cenit, y caía vertical sobre los veraneantes. Julia recogía las cosas que sus sobrinas iban olvidando; en tanto, el quitasol arrojaba una pequeña sombra alrededor de su mástil, una sombra solitaria que la brisa hacía oscilar al mecer las lonas. Y la p'aya, poco a poco, fué quedando despoblada.

* * *

Hacía mucho calor a la hora de la siesta. Julia llevaba un enorme sombrero, que parecía hacer bambolear su figura; y la brisa del mar, que a ratos la azotaba con fuerza, la voltearía al término. Era ágil, y su paso tenía un cierto trajín de iglesia, un pequeño aire de merodeo, e iba de los feligreses a la hostia, del desvalido a la curia, sin gravedad ni tampoco gazmoñería; porque era sencilla y hasta un poco al día. Jugaba tennis, y atendía al pobre. La sociedad con los humildes era su gran placer: Dios sabe qué cosas entrevería en el fondo de las conciencias simples, o qué aliviado descanso sentiría su timidez en ser mirada por ellos. Cuando conversaba con las amigas, sólo cambiaba con ellas pequeñas frases, que iba soltando en la charla, por aquí y allá, de palabras ligeras y hasta juguetonas. Nunca hablaba largo; cuando se veía abocada a una oración extensa o a algún relato donde hubiese sido llevada muy a su pesar perdía literalmente el sentido, y le venía la impresión de una gran desnudez; una confusión de sentimientos la invadía, sensaciones inubicadas entre el pudor de sus órganos o el de sus palabras. Tomaba entonces ese aire escurridizo, para esquivar los temas que se le acentuaba de día en día. Conocía a todos los comerciantes: «Buenas tardes, Jerónimo», decía cuando pasaba frente a la tienda de éste; en la voz de él, al responderle, sonaba siempre una pequeña campana que tocaba a orgullo, porque tenía la conciencia de poseer el mejor puesto del pueblo. Donde se complacía de verdad, era en la paquetería: ahí se encontraba desde el pan amasado hasta los palillos de tejer, los zapatos de lona el sombrero de piqué y los cigarrillos. Había en las vidrieras una variedad grande de chocolates, deleite de los niños; unos tenían la forma de una graciosa y diminuta botella de champaña, envuelta en papel de metal, papel rojo, verde o amarillo. Al mascarles, salía del interior de la botella un aguardiente fuerte que no gustaba a los niños, salvo uno que otro iniciado. Ellos

preferían los perros, los elefantes, el buey de músculos muy alisados; el gallo que jamás se pudo parar, pero que llevaba cola amplia y circular muy hermosa; sus patas, aunque recias, tenían una cierta rigidez, un evidente engarrotamiento, que lo decidían por aquella posición horizontal, inacostumbrada en los gallineros pero infalible en las vitrinas.

Julia penetraba en la tienda con la soltura de lo que se ha frecuentado; y tras del mostrador, Greta, su propietaria,—traída desde Alemania a nuestras tierras cuando apenas era esbozada en el vientre de su madre—se dejaba invadir, como siempre, por un perenne oleaje de comentarios. Aunque sus abultadas formas mostrasen con evidencia su disposición al amor, ella parecía haber sido tocada por el dedo de un ángel; y entre charla y charla mostraba, no el largo conocimiento de los placeres que sus órganos le hubiesen proporcionado, sino una ilustración emanada de la gran variedad de objetos de su tienda. Su voz, con frecuencia quebrada en el recuerdo de la acentuación germánica, tenía un no sé qué de meloso; jamás la apoyaba, pero iba arrasando letras hasta que, de pronto, se producía un nuevo corte. Pasaban a través de su boca innumerables temas, como personajes por el telón entreabierto de un teatro.

—¿Cómo está, misiá Julita? Con este calor que hace, y saliendo a estas horas...

—Greta, dijo Julia interrumpiéndola, he venido a felicitarla; he sabido grandes novedades tuyas.

—¡Ah! misiá Julita, usted es muy amable, exclamó sacando una acentuación que ella empleaba en las grandes etiquetas. Dios protege al pobre. Y con sus dedos en ordenada escalerilla, dió algunos toques a sus cabellos. Como usted ve, yo no soy muy bien parecida, dijo sonriendo tímidamente; y como si se le hubiese dicho a ella un piropo, bajó los ojos. Sin embargo... ¡Ah! ¡qué hombre tan bueno, tan cariñoso! Claro, yo pensé: la vejez llega para todos, Greta, y tú estarás sola. Y aquí me tiene, misiá Julita; con alguien compartiré el pan en mi ancianidad.

—No va a ser sólo pan, exclamó Julia con ironía; van a compartir más de alguna gallinita... Me han dicho que es rico.

—¡Oh!, dijo, eso de la plata es tan inseguro; tan pronto está aquí como allá. La voz de Greta se volvía más untuosa, y puntuaba con capricho. ¿Sabe? a mí no me den esos cebos; esos son para otras mujeres; yo prefiero la fortuna del corazón. Y se mostró medio a medio de su pecho, con un dedo muy recto cual una lanza a punto de introducirse. Yo quiero el afecto, agregó sentenciosa; con afecto, disfrutaremos de las oportunidades que Dios nos dé. Porque, misiá Julita, yo he sido trabajadora y nunca he tenido grandes oportunidades, ni la de viajar, ni la de conocer, ni la de trajearme, porque, mujer al fin, a una no le gusta andar siempre mal parecida. Con cariño haremos nuestros pequeños viajesitos, y Greta no andará continuamente de percal. A mí no me gusta ese estilo, no lo puedo ver; yo siempre detesté la avaricia. Lo que se tiene, hay que gastarlo. Así, dijo sacando el pecho como si quisiese señalar con exactitud la tercera dimensión de su busto, así la plata también llega al pobre; porque la plata toda, en último término, debe llegar al desvalido haciéndola correr.

Había levantado su dedo a la altura de la cabeza; pero como su frase declinaba, vió que él, como un pequeño mástil en rezago no enarbolaba bandera alguna; y precipitadamente lo bajó para entrelazar sus dos manos sobre el vientre en actitud virgen y humilde.

La paquetería, en un oleaje creciente, se había ido llenando poco a poco de público; los compradores reclamaban a Greta por todas partes.

—Ya voy a atenderlos, ya voy, les decía moviendo su cabeza para uno y otro lado, cual si expresase una negación; y sus aretes celestes, compuestos de multitud de turquesas falsas, hacían el postulado de la elegancia sin la posibilidad de alcanzarla. ¡Fuera de aquí, para afuera!, gritó de pronto.

Una gallina entraba con cautela hacia el interior del boliche; levantaba una pata con los dedos extendidos, como evitando el ruido que harían al abrirse y posarse sobre el suelo; tronchaba la cabeza, y cuando parecía que tanto sigilo era para avanzar sin ser descubierta, daba con fuerza un picotón en el entablado, justamente en el lado contrario de donde su ojo parecía mirar.

—¡Fuera de aquí, para afuera!

La gallina salió despavorida. El boliche daba a un amplio corralón, donde había otra extensa variedad de tiestos y seres vivos, que señalaban con sumisión un compendio de todas las actividades de Greta.

Julia se despidió.

Había comenzado el movimiento en la calle. Por todas partes se oía el golpe siempre ahogado de las ajustadas puertas de automóviles, y muchos recuerdos quedaban removidos; pero cuando éstos alcanzaban a algún pecho solitario, donde no resonaban saraos ni jolgorios, entonces sonaba a hueco. Julia sintió el vacío, desvió su marcha hacia la iglesia, y se arrodilló frente al altar. Después de una breve oración, dió gracias a Dios por sus bondades. Cuando salió del templo, fué a buscar una colisa de dulce, una gran colisa a la panadería, para llevársela a los niños en la hora del té. «¡Qué clara es la bondad infinita de Dios!», dijo al subir el primer peldaño del chalet, y un gran misterio quedó colgando sobre su corazón como una enseña sobre una puerta.

* * *

La luz blanca del sol de la tarde caía de soslayo sobre la playa; el agua se batía levemente, haciendo un pequeño chapoteo contra las rocas de la orilla; y los bañistas gritaban, daban brinquetes, se sumergían, ganados por la livianura del ambiente. El blanco de las gorras y una que otra blanca vela a la distancia, volvían la luz titilante; pero a medida que se inclinaba el

rayo solar, todo se doraba. Poco a poco, los bañistas fueron saliendo del agua. El mar también se retiraba en silencio, y se volvía una plancha metálica pesada; fué surgiendo un mundo de islotes, como un diminuto universo cuajado de continentes, que de pronto se revelara. Los pejegallos, sorprendidos por el repliegue de la marea, flotaban a media vida en las pequeñas pozas que iban quedando; y los moluscos, adheridos a las rocas, mostraban también su vida aletargada. Hubo soledad sobre la playa. Los chalets habían consumido todas las voces. Las arenas inmovilizadas aguardaron; cesó la brisa, y la ribera cayó en una plácida quietud. Fué una hora de silencio, mientras se producía ese pequeño trajín en los comedores, esas diminutas charlas junto a las tazas de té, ese corto ir y venir de los niños que acarrebaban las ropas de baño para colocarlas sobre un piedra recalentada por el sol, sobre la cerca de pino que estaba al fondo del sitio; y se oía también el llamado reiterado de las viejas nodrizas: «¡Enriquito, ya está listo el té!» «¡Lulú, m'hijita, que se l'enfría la leche!».

Era un entreacto, mientras se doraba la tarde y se aprontaba para la fiesta real del hundimiento del sol. Caía oro sobre cada penacho, y se coronaban las cumbres; el astro no partía sin haber antes dorado una por una todas las frentes. Los veraneantes ya estaban afuera presenciando este rito. Los pájaros, con sus alas desplegadas, pasaban como grandes abanicos en un vuelo circular, lento y solemne; descendían suavemente, sin aleteos, con sus piernas estiradas, sobre la roca alta como un templo que estaba cerca de la orilla. Se recogían un momento en oración, y nuevamente íbanse a describirle círculos al sol: era la danza del crepúsculo. Pero nadie sabía en qué momento aquél se hundía; sólo veían por un rato flotar sobre las aguas su máscara deformada. La brisa de nuevo comenzaba a correr y a azotar la tierra.

Los veraneantes se desparramaban por todos los caminos, y la charla se tejía menuda, liviana. Un tenue aleteo amoroso cir-

culaba entre la juventud, juguetón y fino como el aire salobre, sin romanticismos, porque todo se cuajaba en un cierto aire deportivo. Los grandes se encaminaban por arriba de los cerros; iban entre amigos conversando y subiendo penosamente la angosta cinta del sendero. Antes de llegar a la cumbre, en una vuelta, desaparecían; pero pronto se les veía como siluetas recortadas contra el cielo—insignificantes figuras estampadas en una plancha azul y extensa—hasta que pasaban al otro lado, y quedaba el monte despoblado, vuelto a su soledad.

—Nosotros nos iremos por la orilla del mar, Rosita, hacia el lado de la laguna.

Y cada tarde el pequeño coche de la niña iba tirado por Julia hacia el oriente.

Era un gran alivio, cuando todos se habían ido, el tomar la derecha hacia el rincón de los eucaliptos. Allí nadie llegaba. Al separarse el camino de la playa, comenzaba la laguna; y más allá, grupos de árboles bañaban de luz verde aquel espacio. Luego venían potrerillos, que se iban estrechando hasta rematar en un rincón de cerros. Subía por ellos un ancho camino que conducía al cementerio.

Las dos fugitivas se entregaban, en aquel término de ruta, a un apacible abandono. Julia se tendía en el suelo a poca distancia de la niña, y sobre su soledad caía un suave misticismo. ¡Qué estremecida dulzura le traía a Rosita la caída de la tarde! Se producía dentro de ella una suerte de descendimiento, como cuando bajaba en sueños por una caja acolchada de escalera. Esto que descendía, su viajero interno, iba lentamente sumergiéndose en una honda profundidad, sin roces, sin aleteos, con sólo una pequeña mordedura al corazón. ¡Por Dios! ¿qué importaba esto; si era seductor? Sentía el mismo recogimiento que en la tarde presenciaba, la misma sumersión que al final del día le mostraba, igual caída en aquello que ella no veía, pero que debería de ser un estanque sereno, grande, silencioso. A esa hora, los árboles levantaban sus grandes frentes, y el cielo también des-

cendía y las besaba. Con su cabeza echada hacia atrás, con sus dos manos cruzadas sobre las rodillas, se entregaba a eso que era su conocimiento. Su mirada acarreaba esa expresión de larga vida que se perdía en la larga distancia. Ella había hecho el camino recto, de arriba hacia abajo, no en extensión sobre la tierra, y en el corto espacio recorrido había alcanzado diferentes capas verticales que sólo las extensas y sucesivas vidas abarcan; y todo aquello lo llevaba grabado en sus pupilas. Rosita miraba con ese largo mirar de la experiencia, con ese detenido mirar de la melancolía.

Pero la tarde caía rápidamente.

—Es hora de que regresemos, decía Julia cuando apenas parecían iniciarse en el amable reposo. El crepúsculo se nos viene encima.

Llegaban al camino, y divisaban el balneario a la distancia, asomado a la orilla del mar, liviano, envuelto en atmósfera; era una leyenda que aguardaba virginal en la ribera, una leyenda creada por la imaginación lujosa de un niño; pueblo enjoyado de moradas silenciosas y riquezas quietas.

Pasaban frente a la laguna, y la primera estrella naufragaba en el fondo del agua, y ese ojillo fijo y solitario las miraba, a la vez que les mostraba el largo recorrido: era la viajera interna de las quietas aguas. Todo caía a un profundo deteni- miento, que estaba en consonancia con la invalidez de la niña. Cuando comenzase el día y regresara el alba, volvería a sentir el violento llamado de los pasos sobre la playa, ese trajín de Dios en las arenas, y sus inmovilizados pies la retendrían; y así el nuevo largo y fastidioso día pasaría llamando a su energía, hasta que la tarde la llevase muy adentro de ella misma, como una estrella al fondo de una laguna.

«Adiós, Rosita ¿qué tal paseo?».

Rosita hacía lentamente el traspaso de la gran soledad a la vida colectiva; pero en un rincón de su conciencia guardaría lo que en la tarde había recogido.

Por el camino se unieron ellas a la pequeña caravana donde iba la familia. Su madre conversaba con un caballero de anteojos negros y pantalones pulcros.

—¿Por qué se ha ido Dolores, abandonando a sus hijos?, interrogó ésta.

—Se sentía sola, muy sola, repuso aquél; sola en su casa y entre los niños; era la soledad definitiva y absoluta. Un día me dijo que todo se le había vuelto el espejo de su experiencia, y todo le hablaba a voces y le decía: estás sola tú y tus afectos, ándate para que siquiera ellos queden entre sí. Daniel, su esposo, agregó el caballero bajando la voz como si delatase un secreto, era su principio vital, y ella no lo ignoraba; era consciente del cariño que le tenía. Hay casos curiosos de complejidad, agregó con un aire de gran corrección. Ella estaba, sin duda, llena de este amor, y era su felicidad lo que la dejaba dispuesta a todo, dispuesta al placer, al flirteo, a las fiestas. En una oportunidad me contó que, cuando Daniel se iba, se encerraba ella en su pieza y no volvía a ponerse en contacto con sus «entretenimientos» hasta que él regresaba. Yo protesté indignado, y ella se entristeció: «mi alegría es múltiple, dijo, y necesita ser compartida; yo sólo me siento alegre cuando está Daniel; somos muy complejas las mujeres simples», agregó, pero luego pasó a otro tema. La soledad es algo tan diferente de una persona a otra, concluyó el caballero de los pantalones immaculados, que si se enfrentasen dos personas alcanzadas por la soledad, no se sabría que de ella eran víctimas.

Y sus anteojos negros parecieron jinetearle sobre la nariz, porque los sujetó y arregló con esmero.

Habían llegado; el padre de Rosita se despidió de sus amigos y desapareció por la puerta del chalet, pero pronto regresó con una maleta entre las manos. Abrazó en silencio a su esposa y a los hijos.

—Hasta luego, Julia, dijo dándole a ésta un apretón de manos.

—Espero que pronto vuelvas y tomes un largo descanso, decía su mujer, y se termine esta forzada y penosa separación. En su expresión había gran ternura.

—Adiós, papá; hasta el próximo sábado.

Los niños sacaron sus pañuelos cuando se alejó el coche, y los agitaron en el aire como viejos marineros conocedores del idioma transatlántico.

El automóvil desapareció detrás de la puntilla.

La gente joven pasó al comedor, acompañada de Julia, y la madre subió lentamente la escalera que conducía al dormitorio. Cuando entró en él, levantó los hombros con gran laxitud, y movió para uno y otro lado su hermosa cabeza. ¡Era muy sensible, de verdad, separarse cada semana de su marido! Ordenó los pequeños objetos que habían quedado desparramados sobre los muebles, y suspiró pensando cómo cada cual tenía su soledad. Es muy sensible, dijo en voz baja, colgando el sombrero y la sombrilla; pero sintió un descanso aliviador. Luego buscó un libro, y se recostó sobre la cama. Interiormente, muy dentro de ella, oyó una voz queda que decía: ¡qué aliviado descanso! Y una gran serenidad la invadió.